

MARTÍ EN LA OBRA DE MARTÍNEZ ESTRADA

Adriana Lamoso

“Quizás ha sido a dos argentinos, dijo Haydée Santamaría, a quienes he oído hablar con más pasión, con más identificación, de José Martí: uno es don Ezequiel; el otro, el *Che*”. Esta reflexión constituye una cita que incluye Roberto Fernández Retamar en su prólogo al ensayo *Martí revolucionario*, del escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada, en septiembre de 1966. Recordemos que el ensayista se trasladó e instaló en Cuba en septiembre de 1960, a instancias del nombramiento como jurado en un concurso literario organizado por Casa de las Américas y para que realizara un estudio sobre la vida y la obra de José Martí. Durante su permanencia en la Isla, escribió varios ensayos como *En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana* (1963), posteriormente, editado bajo el título *Mi experiencia cubana* (1965), *El nuevo mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba* (publicado en *Cuadernos Americanos* en 1963), así como los dedicados al estudio e interpretación de la figura de Martí. Al respecto, aludiremos al ensayo titulado *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, escrito entre los años 1960 y 1963 y editado por Siglo XXI Editores en México en 1966, y a su *Martí revolucionario*, editado por Casa de las Américas un año después.

Gran parte del estudio analítico de la figura de Martí, que forma parte de su *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, se concentra en fundamentar las razones morales que guiaron al pensador a tomar parte activa en la promoción y convalidación del ejercicio bélico, como el único modo viable para evitar males mayores y perdurables, esto es, la inevitabilidad de la guerra en pro de la independencia cubana, como una aspiración y un deber patrióticos ineludibles, bajo una premisa que atraviesa la construcción del ensayo y que se cifra en la siguiente expresión: “La preocupación constante y la más punzante de Martí fue justificar la guerra”, desde un ángulo humanitario y trascendental.

El ensayo mencionado se construye con la inclusión de numerosas citas textuales que recuerdan el diseño de ensayos previos, como el dedicado a Sarmiento en 1946. Curiosamente, Martínez Estrada encuentra un modo singular de establecer un paralelo entre ambas personalidades, cuyo móvil principal se asienta en la imagen del intelectual como hombre de acción, la palabra en función del acto,¹ así como el estratega que opera desde fuera de su patria. Otro rasgo que torna peculiar la forma del ensayo dedicado al estudio de la figura de Martí, es el carácter informativo que presenta, la minuciosa recopilación documental y la alusión a fuertes diversas, a modo de un registro histórico riguroso del quehacer político-histórico-literario-ideológico del héroe cubano.

Como hemos dicho, Martínez Estrada se instala en Cuba luego de permanecer un año en México, por invitación de Arnaldo Orfila Reynal. Su radicación en la Isla se realiza a

¹ *Cfr.* Ezequiel Martínez Estrada, *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, México, Siglo XXI Editores, 1966, p. 33. El paralelismo que enuncia Martínez Estrada se establece a partir de la siguiente afirmación de Sarmiento, como gobernador de la provincia de San Juan, en una carta enviada al presidente de la República Argentina, Mitre, en 1962: “Hombre de acción me siento en mi elemento, hacer y no hablar”.

instancias de su nombramiento como miembro de la Academia de Historia de La Habana y con motivo de que Casa de las Américas le solicitara su estudio sobre la vida y la obra de José Martí. En este contexto, Estados Unidos rompe relaciones con Cuba, se realiza la invasión a la Bahía de Cochinos, Fidel Castro lee la *Segunda Declaración de la Habana* y estalla la “Guerra de los misiles”. La monumental obra de Martínez Estrada se gesta en este marco truculento y convulsionado de los primeros años posteriores a la Revolución Cubana. Resulta interesante marcar un contrapunto entre los ensayos aludidos y las cartas que el ensayista envió a su amigo Samuel Glusberg, quien residía en Argentina. En ellas pone de manifiesto sus vivencias y percepciones respecto del clima álgido que se vivía en la Isla durante el período comprendido entre 1961 y 1963. Asimismo, hace referencia a la tarea que tenía encomendada y a la que se dedicó arduamente en los años correspondientes al denominado por la crítica como “ciclo cubano” de Martínez Estrada.

Parte altamente significativa del ensayo mencionado, se asienta en la referencia a la fundación y a la existencia del Partido Revolucionario Cubano, a través del cual Martí, en tanto delegado, hizo posible la consecución de sus planes y estrategias para la liberación de Cuba, mediante la puesta en escena de los ideales de Libertad, Justicia y Dignidad, que reunieron a todos los ciudadanos de Cuba que vivían en el destierro, y que levantaron como bandera representativa de todos los habitantes de la Isla. Su particularidad es la siguiente:

El Partido Revolucionario Cubano no es un partido político, como lo indica por definición su título, sino una agrupación para la acción directa y violenta, dirigida a la independencia de Cuba y Puerto Rico. En consecuencia carecía de un estatuto legal y no se proponía llegar al poder por medios lícitos como son los de las democracias mediante el sufragio libre. Sus Estatutos

eran secretos y sus Bases, que ya especificaban la naturaleza del Partido, declaraban abiertamente sus fines e indirectamente sus medios. La parte doctrinaria de las Bases resumía la opinión de la emigración y de la población nativa residente en Cuba, sin que fuera necesario explicitarla puesto que era unánime y formaba parte de la conciencia de la ciudadanía, esclarecida en la Guerra Grande.²

Existía, entonces, un presupuesto que guiaba su decisiva y contundente toma de posición respecto de las acciones revolucionarias necesarias de llevar a cabo en Cuba: el consenso del pueblo cubano residente tanto exiliado, en pos de la liberación de España, como el camino al que debían conducir las decisiones más imperiosas y contundentes que, efectivamente, Martí asumió como tales.

Entonces, a la pretensión que guía el trabajo de Martínez Estrada, esto es, la elaboración de una biografía del héroe cubano, encomendada por la editorial Casa de las Américas, le imprime un carácter peculiar que se asocia con el diseño de un paralelismo mediante el cual la vida de Martí se confunde y se disuelve en la historia misma de Cuba. Asimismo, el rastreo de los orígenes y de las fuentes de donde provinieron los valores y las normas morales que alimentaron el ejercicio de la labor del prócer cubano, constituye una evidente preocupación en la construcción de sus ensayos. Al respecto, destaca en numerosas ocasiones la importante influencia que significaron las enseñanzas de Mendieta y de Luz y Caballero para la formación del hombre en las siguientes virtudes: hombres conscientes, abnegados, altruistas, laboriosos, pacíficos, afectuosos, que se sintetizan en la figura moral e intelectual de José Martí.

² *Ibid.*, p. 112.

En la asunción de su “deber” en el marco de una ética que se ensambla con su historia personal, se conjuga una perspectiva de patria, entendida como “una sociedad unida por sentimientos e ideales comunes”,³ caracteres que representa mediante la figuración metafórica de una divinidad exigente, una fuerza conminatoria que instaló en él el mandato obligatorio, el imperativo ético, del actuar.

Mientras tales premisas guían el desarrollo del ensayo, la singularidad de su *Martí revolucionario* es la construcción de la imagen de Martí como un héroe épico-trágico y divino, en tanto ofrenda en sacrificio su vida en pos de un ideal magnánimo como lo es el bien común. Dice el ensayista: “Su sueño de gloria estuvo, desde la adolescencia, en sacrificar su vida en loor de la independencia de Cuba, de modo heroico, combatiendo por ella”.⁴ Sus acciones son vistas como hazañas fabulosas, propias de las leyendas épicas.

Si reparamos en esta construcción literaria y simbólica, podemos apreciar los rasgos que configuran la imagen del héroe martiano. En efecto, para el ensayista, el caso comportaba la presencia ineluctable de un destino y de una fatalidad. Y su vida podía cifrarse en tres etapas que señalan el camino infranqueable del héroe: Martínez Estrada sitúa el período inicial en su formación caracterológica y psicosomática que concluye al abandonar España en 1875; al segundo, lo ubica hasta 1891, momento en el que funda el Partido Revolucionario Cubano y se consagra a la acción revolucionaria, y al tercero, lo encuadra entre 1892 y 1895, año de su muerte, en virtud de que constituye la última fase del héroe que es, a su vez, un mártir.⁵

³ *Ibid.*, p. 143.

⁴ Ezequiel Martínez Estrada, *Martí revolucionario*, La Habana, Casa de las Américas, 1974, p. 159.

⁵ *Ibid.*, p. 221.

El esbozo que introduce el ensayista de esta figuración tan singular, encuentra su eco en los héroes de la literatura clásica, así como los que de ellos se derivan, hasta alcanzar inflexiones peculiares en la época del Renacimiento. Pero el escritor parece ir más allá de estas categorías literarias, desea construir una entidad diferencial que resulte de la unión de los atributos propios de los personajes más conspicuos que pueblan los textos literarios más significativos de la historia ficticia universal, con los caracteres de los más bravos personajes que reporta la historia y aún la religión cristiana de occidente, como es el establecimiento de paralelismos con el mismo Cristo. Este procedimiento que consiste en pensar por medio de imágenes y en configurar, en este caso, conceptualizaciones análogas, constituye un mecanismo perspicaz para consolidar un imaginario social que, mediante la repetición, no necesariamente idéntica, pero sí semejante, selle su consagración laudatoria, de un modo magnánimo, que no escapa de la categoría de lo mítico. A partir de lo dicho, encontraremos la cadena de epítetos que singularizan la figura de Martí en armonía con diferentes instancias que lo engrandecen, como las vinculadas con la historiografía religiosa, que lo caracteriza como apóstol, maestro, mártir, iluminado, obseso y santo, algunas de las cuales son usadas también por Martínez Estrada.

Para dar cuenta de su heroicidad, el ensayista organiza la biografía de Martí en función de las “etapas” que incluyen “pruebas” por las que atraviesa el personaje épico, según el conocido “viaje del héroe” que puebla la literatura clásica, medieval y renacentista. Por eso, el *Martí revolucionario* contiene los siguientes apartados: “Los viajes”, “Destierro y peregrinación”, “Cautiverio”, “Estaciones de tránsito”, “Regreso”, “Coincidencias”, “Presagios” y “Muerte”.

Al viaje, Martínez Estrada le imprime un cariz religioso y lo llama “peregrinación”, que implica e incluye una odisea. Así, el periplo que transita Martí por México, Guatemala, Hon-

duras, Venezuela, las islas de Santo Domingo, Jamaica y la misma Cuba, constituyen los espacios tangibles por los que lo conduce su inexorable destino heroico, comparable, para el ensayista, con el personaje mitológico Orestes.⁶ Según la mitología griega, Orestes fue el único hijo varón de Agamenón y Clitemnestra, que tuvo la tarea de vengar la muerte de su padre en manos del amante de su esposa, y que ocurrió cuando aquel había regresado de la Guerra de Troya.

Martí se ubica en el lugar de los vencidos, invierte la versión entronizada por los cronistas e historiadores oficiales que levantaron la bandera en pro de los vencedores y poderosos, para ubicarse en la perspectiva y en la defensa del pueblo más pobre, del indio desvalido, del obrero y campesino, al modo en que señala Hans Magnus Enzensberger, en su artículo “La literatura en cuanto historia”,⁷ cuando se pregunta quiénes construyeron la muralla de Troya, como un modo

⁶ En la mitología griega Orestes (en griego antiguo Ὀρέστης) fue el único hijo varón de Agamenón y Clitemnestra. Según la historia homérica, Orestes estaba ausente de Micenas cuando su padre volvió de la Guerra de Troya y fue asesinado por el amante de su esposa, Egisto. Ocho años después Orestes volvió de Atenas y vengó la muerte de su padre asesinando al amante de su madre. Según Píndaro, Orestes fue salvado por su niñera Arsínoe o su hermana Electra, que le sacó del país cuando Clitemnestra quería matarle. Huyó a Fanote en el monte Parnaso, donde el rey Estrofo se hizo cargo de él. En su vigésimo cumpleaños el oráculo de Delfos le ordenó volver a su hogar y vengar la muerte de su padre. Orestes regresó a casa junto con su amigo Pílates, hijo de Estrofo. Según Esquilo, Orestes se encontró con su hermana Electra ante la tumba de Agamenón, donde ambos habían ido a rendir honores al difunto; se reconocieron y planearon cómo Orestes llevaría a cabo su venganza. La misma historia básica es narrada de formas diferentes por Sófocles y Eurípides en sus respectivas obras tituladas *Electra*. Robert Graves, *Los Mitos Griegos II*, Buenos Aires, Alianza, 1998.

⁷ Hans Magnus Enzensberger, “La literatura en cuanto historia”, en *Eco*, núm. 201, Bogotá, 1978.

de reflexionar sobre la construcción de los textos histórico-literarios, sobre la perspectiva predominante desde la cual tales sucesos han sido relatados.

Resulta altamente curioso apreciar cómo Martínez Estrada hace ostensible su sensibilidad estremecida por el descubrimiento de la figura de Martí, de modo tal que reitera su mirada grandilocuente, al ponerlo en vinculación directa con personajes significativos de la literatura universal. Se refiere al respecto en estos términos:

(En referencia al viaje que realizó Martí por México y Guatemala). Es precisamente el viaje a través de la geografía y de la historia americanas, a la región de las Madres. El viaje del “Buscador” de muchas leyendas a que se refiere Miguel de Ferdinandy en su libro *En torno al pensar mítico*. El “Buscador” atraviesa el reino de la materia viviente en sus formas arcaicas y elementales, para llegar a la región del origen de lo que está vivo en nosotros a pesar del tiempo. El viaje de Fausto hacia la cuna helénica de la civilización europea, donde encuentra a Helena y de la que tiene un hijo (Euforión-Lord Byron). Euforión conjuga la belleza pagana corporal y la belleza científica actual. No obstante, el viaje que más se parece al de Martí-Orestes, el peregrino sin patria con el que en intuición genial se identificó, es el del poeta que concibió a *Fausto*, al mismo Goethe, en su peregrinación a la tierra originaria de la ciencia, el arte y la cultura toda, a la Magna Grecia.⁸

Es curioso que el ensayista se ocupe de introducir definiciones teóricas referidas al concepto literario y simbólico de “héroe”, mediante la inclusión de especificaciones inherentes al punto de vista desde el que él mismo va a situarse, para

⁸ Martínez Estrada, *Martí revolucionario...*, pp. 234 y 235. Los paréntesis son míos.

mensurar la imagen del héroe martiano. Se trata, entonces, según las conceptualizaciones esbozadas por el mencionado De Ferdinandy, de un “viandante” antes que de un “viajero”, en tanto:

impresiona como una realidad completa y perfecta, su contacto siempre (es) muy estrecho con la tierra, aunque no en una tierra limitada. Con cada paso se asienta en la tierra, que nunca le parece extraña al viandante, sino que, desde un principio, le es infinitamente familiar [...] Lo que trata de descubrir no le es extraño, en un sentido absoluto. No, sabe que siempre ha existido y que sólo necesita deambular para descubrirlo.⁹

Y el descubrimiento que realiza Martí viandante en América Latina es su drama, representado en la imagen del indígena. Aprecia la condición de servidumbre de los países que la integran y en ello establece su semblanza con la situación de la misma Cuba. El hecho de incluir al héroe martiano en la categoría del mito radica, para Martínez Estrada, en que su biografía se entrelaza y se funde hasta desaparecer con la historia misma de su tierra. El destierro, la peregrinación y el cautiverio que singularizan su biografía, permiten al ensayista pensar y delinear el ciclo mítico de la vida del héroe, concentrados en la figura de Martí. Destierro, en España como expatriado, en México y en Centroamérica como exiliado, he allí también, la peregrinación. Mientras que, los catorce años en Estados Unidos significan el cautiverio, por su deber de servir arduamente a la independencia cubana.

Finalmente, el viaje del héroe se corona con su regreso, es el inicio de la apoteosis de esta figura que entrelaza lo mítico, legendario y religioso, en una simbiosis particular. La última etapa corresponde sólo a tres meses de su vida, pero sim-

⁹ *Ibid.*, pp. 235 y 236.

boliza la hazaña más perdurable, legitima su camino previo y expresa, en el sacrificio por la patria de su propia vida, el sentido más acabado de la grandeza y magnanimidad de este genio que es cubano, pero se torna universal, transhistórico y atemporal.

Como en el mito, afirma Martínez Estrada, los héroes tuvieron destino terrible, y casi ninguno regresó a su patria, o regresó para reiniciar una nueva serie de luchas y sacrificios. Expresa el ensayista:

Sí; no tengo duda. Este viaje evoca el de los héroes Eneas u Odiseo y de los semidioses Orfeo, Perseo o Heracles, que lo realizaron al seno de la tierra para descubrir los secretos del mundo subterráneo, o para liberar almas retenidas en las tinieblas. Es el viaje por el reino de las sombras o de la muerte.¹⁰

Esta catábasis del héroe legendario, que implica un descenso simbólico, a su vez iluminador, al inframundo y que consagra su figura mítica, se conjuga con las imágenes del santo y del mártir cristianos, en tanto –observa Martínez Estrada–, que los avatares por los que ha transitado su vida son posibles de asimilar a las estaciones de su Calvario, representan su Vía Crucis. Al mismo tiempo, la posibilidad de apreciar la vida de Martí desde una perspectiva cercana difumina los contornos del mito y lo sagrado, pero su carácter neumático se recupera, de acuerdo con la perspectiva perspicaz que le imprima su observador e intérprete. De esta manera, el ensayista devuelve a la historia de Martí rasgos eternos y arcaicos, y con esto la eleva al rango de símbolo y mitologema, a su vez la contrapone al trayecto de las versiones que construyeron la biografía martiana como el texto obliterado de un palimpsesto, en tanto las dimensiones delineadas por el ensa-

¹⁰ *Ibid.*, pp. 270 y 271.

yista se encuentran opacadas, oscurecidas o anuladas, según la mirada de Martínez Estrada.

La figuración que delinea en *Martí revolucionario* encuentra su punto más álgido cuando hace referencia a la muerte del héroe cubano, en tanto considera el ensayista que ésta es inherente a la clase de misión en la que se ha asumido, al tiempo que se corresponde con la idea de destino, en el que ha incluido a la vida de Martí. “La insistencia obsesiva de la idea de su muerte violenta es en Martí el corolario lógico y esa era la muerte que llevaba consigo”,¹¹ expresa Martínez Estrada. A su vez, alcanza otras dimensiones; por una parte, es la vía necesaria que conduce al héroe dramático a constituirse como tal, por otra, trasciende el hecho biológico para formar parte de lo histórico, ya que el camino de su vida ha estado orientado hacia una causa nacional y social, como principio fundamental. De esta manera, se cierra el ciclo del héroe y se configura el mito clásico del libertador y del redentor, en su imagen bíblica, que se funde en un abanico de perfiles que lo tornan singular.¹²

La inscripción de la figura de Martí en caracteres como los enunciados, implica para Martínez Estrada la necesidad de fundamentar en su hilo discursivo, reiteradas veces, las razones, para él justificadas, de tal construcción. La fuerza persuasiva de su discurso se sostiene mediante la inclusión de pasajes como el siguiente:

¹¹ *Ibid.*, p. 284.

¹² Insiste Martínez Estrada en la convergencia de vidas paralelas con personajes de diversa índole y naturaleza, tal como ocurre en la siguiente afirmación: “La marcha funeral de su *Diario de Campaña* es el epítome de esa tragedia, que es la misma de Prometeo, de Orestes, de Teseo y de todos los libertadores y redentores, se llamen Sócrates o Cristo, Juana de Arco o Rosa Luxemburgo”. *Ibid.*, p. 291.

Su muerte fue horrible porque horrible fue su vida de angustia, soledad, agonía, servicio, deber, paciencia, perseverancia, humillación, fatiga, olvido de sí y gloria. La parábola y la metáfora son instrumentos de la comprensión esencial, de la apercepción eidética, y sería renunciar a sentir la presencia de lo sagrado en la naturaleza, cohibirse de expresar la verdad por escrúpulos de pueril racionalismo.¹³

Descartar toda presencia de falsedad o ficcionalización en la configuración de la historia de Martí, al tomar voz en nombre de la *verdad*, a pesar de la semblanza con numerosos personajes literarios, constituye una preocupación que se inscribe muy marcadamente en el texto ensayístico al que hemos hecho referencia. De esta manera, cree necesario incluir especificaciones que justifiquen fehacientemente el rasgo de veracidad en el que se inscribe el laborioso trabajo de investigación y su transformación en texto ensayístico, como consta en la elaboración de sus escritos. Asimismo, la refutación a los trabajos emprendidos por otros estudiosos de su figura aparece duramente expresada, mediante la condena a las prácticas que eluden la valoración como “grande hombre” que Martínez Estrada se ha ocupado de desarrollar. Como él mismo lo expresara: “Hay, pues, un interés del mediocre resentido y del enano deficitario, si se dedica a la historia, a la sociología o a la antropología cultural, en rebajar la historia y la biografía al nivel de la historia sensacional y de la biografía del gobernante iberoamericano”.¹⁴

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*, p. 450. En esta misma página agrega: “La historia de Cuba y la vida de Martí han sido tratadas hasta ahora por aprendices de gacetilleros, y han procurado darle el parecido de las historias y vidas que ellos admiraban. Ni siquiera aprendieron la lección que nos dejó en las semblanzas grandiosas y de tamaño reducido que él bosquejó de San Martín, Bolívar y de tanta gente cubana.”

El concepto de “grande hombre” involucra, en el marco de este pensamiento, la conjunción de naturaleza, sociedad e individuo en una función vital unitaria y universal. Además, reúne en sí variados atributos que pueden sintetizarse en los siguientes valores que el ensayista atribuye a Martí, a saber: magnanimidad, sentimiento del deber, abnegación, generosidad, sacrificio y entrega de sí, culto a los valores auténticos, necesidad de darse, amor a la libertad, a la justicia y a la humanidad, dignidad, saber, bondad, moralidad, pureza, heroísmo, ternura, equidad, humildad, rebeldía y voluntad inquebrantable. Estas cualidades se presentan de tal modo amalgamadas, que el ensayista asemeja la personalidad del héroe con un diamante, en tanto: “[...] la luz, la belleza y la resistencia resultan de la naturaleza de la piedra pero también del tallado y disposición de las facetas”.¹⁵

Mientras esta lectura minuciosa y esforzada del prócer cubano se realiza, con la estadía del ensayista en Cuba, por pedido de Casa de las Américas, resulta curioso apreciar las cartas que Martínez Estrada envió a su amigo y editor Samuel Glusberg, que residía en Argentina. El convencimiento de que la vida de Martí fue semejante a la excepcionalidad de los héroes más significativos de la historia y la literatura universales se pone de manifiesto, a través de las confesiones que en tales soportes epistolares podemos encontrar.

Por una parte, confiesa que el trabajo por el que fue invitado a trasladarse a Cuba consistió en la organización de seminarios dedicados a la historia, ideología y práctica de la unión de naciones latinoamericanas, y sobre Martí y las revoluciones latinoamericanas, así como también la realización de un foro permanente sobre literaturas continentales, lo que demuestra las políticas culturales llevadas a cabo a inicios del proceso revolucionario en Cuba.

¹⁵ *Ibid.*, p. 597.

Su descubrimiento de la figura martiana ha causado verdadero asombro al escritor, y las magnanimidades que ha relatado en su ensayo se vinculan, por una parte, con el frondoso trabajo de investigación que llevó a cabo durante sus años dedicados a estudiar al prócer cubano, y por otra, se relacionan con el fuerte impacto que su vida provocó en la sensibilidad del ensayista argentino. Así lo expresa en una carta enviada a su amigo Glusberg el 9 de marzo de 1961:

Estoy trabajando sobre un Martí revolucionario que ha tirado por los aires el Martí de las antologías y los recitales. ¡Qué hombre había sido! No creo que se le pueda poner al lado sino a Lenin y Trotski en la voluntad inquebrantable de terminar con las injusticias y las opresiones. De los cuarenta y dos años de vida, veintiséis consagrados a trabajar y escribir por la libertad de los pueblos parias. ¿Sospechaba usted eso? Yo, francamente, no.¹⁶

De estas confesiones nos surge un análisis que complementa las lecturas de los ensayos y nos orienta sobre posibles “trampas” en las que podría enredarnos el discurso retórico propio de los textos ensayísticos.

Las epístolas también nos ilustran el proceso de construcción textual, que consistió en la recopilación de cartas, artículos, conferencias, así como de todo documento que se relacionara con la obra revolucionaria martiana, desde la doctrina hasta la acción, y que constituyeron unas seiscientas piezas que el ensayista analizó y estudió. De esta aclaración se deduce que fue realmente arduo el trabajo asumido con profunda responsabilidad por parte de Martínez Estrada, además, nos da la certeza de que la que figura martiana resultaba

¹⁶ Horacio Tarcus, *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*, Buenos Aires, EMECE, 2009, p. 136.

al menos en parte desconocida para el escritor, hasta inicios de la década del sesenta, momento en el cual emprendió la tarea de investigación anteriormente aludida.

Otro dato significativo que podemos extraer de la recopilación epistolar intercambiada con Glusberg es que el ensayista sufrió la oposición de los estudiosos de la obra de Martí, con quienes disputó la versión más adecuada a los propósitos y fines de la vida del héroe. Recordemos las referencias hechas en el presente trabajo a tales impugnaciones que Martínez Estrada hizo explícitas en su ensayo, con gran virulencia. Las respuestas no tardaron en hacerse presentes, tal como lo señala en su carta del 5 de diciembre de 1963:

También yo estuve dos años encerrado, sin que nadie fuera a verme, ni se enterara de que existía, con una oposición muy grande de los martianos patentados. Unos, los del José Martí de la Academia de Historia y de Letras; otros, los “nuevos” que no saben qué hacer con él, pues sospechan que es un liberal al que no pueden meter en ningún casillero.¹⁷

Para finalizar, hemos podido apreciar la construcción de la imagen de Martí como un héroe que engloba diversas facetas, vinculadas a los relatos míticos y bíblicos indistintamente. De esta manera, el ensayista se encarga de disputar con las versiones que hasta el momento existían sobre la vida de Martí, en las que estas dimensiones se encontraban ausentes. El carácter suprahumano que le otorga al héroe parte de la misma fascinación del escritor por una figura que conoce profundamente a partir del intensivo trabajo de investigación que desarrolló en la Isla y constituye, además, la pretensión por ubicar al prócer cubano en el sitial más alto de la valoración por parte de los pueblos de América Latina.

¹⁷ *Ibid.*, p. 139.

Las trescientas veinte mil palabras, divididas en seis partes y en noventa y ocho capítulos que constituyó la primera de las tres partes de su estudio sobre Martí, quedaron dactilografiadas por el escritor. Sólo la primera parte fue editada póstumamente en La Habana, por Casa de las Américas. Martínez Estrada regresó a Argentina a fines de 1963 y su ensayo fue publicado en 1967, con prólogo de Roberto Fernández Retamar; mientras que su *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, fue editado por Siglo XXI Editores en México en 1966. Sólo su *Diario de Campaña de José Martí*, fue publicado en 1962, por Casa de las Américas. De esta manera, la muerte del ensayista, ocurrida en 1964, le impidió ver la auspiciosa suerte que corrió su intenso tanto como comprometido trabajo, que le implicara tres laboriosos años dedicados, en Cuba, exclusivamente al estudio y desarrollo de tan significativa y rigurosa tarea de investigación.